



VI.

REINADO DE CARLOS II.

1665-1674.

Comienzo.—Estado precario de la Marina.—Prácticas censurables.—Viaje de la infanta D.^a Margarita desde Denia al Final.—Campaña de Portugal.—Bloqueo de Lisboa.—Toma del puerto de Berlingas.—Guerra con Francia.—Actitud de D. Juan de Austria.—Reconocimiento de la independencia de Portugal.—Paz de Aquisgrán.—Huracán en Cádiz.—Segunda guerra con Francia.—Combate naval en Málaga.—Viene una escuadra holandesa.—Pasa la nuestra á Cataluña.—Su composición.



CUALQUIERA podría vaticinar, sin pretender el dón de profecía, que reinado en comienzos de monarca enteco, bajo tutela femenina que un ministro extranjero de escasa capacidad guiaba, no había de detener á la nación en la pendiente del desquiciamiento en que Felipe IV la dejó, despoblada la tierra, la producción perdida, exhausto el Tesoro, el crédito acabado, decaído el espíritu militar.

Si, al parecer, sólo tenía que esgrimir las armas contra Portugal, desde que el tratado de los Pirineos se firmó, en puridad la guerra sin declaración de Inglaterra y de Francia subsistía en Portugal mismo y en las Indias, tendiendo á impedir la reunión de las provincias disgregadas de la Corona española y á debilitar cada vez más el poderío que la había hecho antaño prepotente, para lo que la diplomacia de Luis XIV trabajaba en especial, formando el vacío en su



alrededor y disponiendo medios hostiles frente de los cuales hubiera convenido se fijara la atención del Gobierno nuevo, concentrada en el reparo á la contienda interior de cortesanos que se disputaban el valimiento.

Tanto bueno fuera, para refrenar las ambiciones dentro como la codicia en la vecindad, la reorganización de la milicia de tierra y mar, desatendida y desprestigiada en los últimos años, al extremo de dictar á un observador extraño estas reflexiones¹:

«En cuanto á las fuerzas navales, ya dije que en aquellas aguas (del Mediterráneo) no hay más que seis galeras de mala construcción. Las de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y las de la escuadra del duque de Tursi, no son más que dieciocho entre todas. Seis se perdieron, unas idas á pique, otras tristemente apresadas por los corsarios durante los tres años de mi permanencia en España, no habiéndose vuelto á pensar en reemplazarlas. Cómo se encuentran armadas y provistas, sábelo Dios, y también lo saben VV. EE., desde que yo, humildemente, lo participé al resolver no visitar al Rey por Levante, á causa de la increíble inutilidad de aquéllas. Felipe IV ha disminuído tanto la escuadra de Nápoles, que lo que queda puede ser contado por quien nunca haya aprendido la numeración..... De modo que, en cuanto á naves, sábase ya cómo se encuentra actualmente el Rey de España..... Los galeones armados este año para las Indias son casi todos holandeses..... De estas fuerzas marítimas no diré más sino que los españoles, ó no conocen su importancia, y por eso no las estiman, ó conociendo su importancia no se esfuerzan en remediar el daño. Esta nación poseyó tantas tierras porque no desatendía sus fuerzas de mar; y en este caso, siendo también esta ley lo mismo para los contrarios, excuso añadir más.»

Que en teoría se desconociera el valer de la Marina, no puede sostenerse con verdad; justamente entre las primeras providencias del Gobierno de regencia de Carlos II aparece la recomendación hecha á la Junta de Armadas, centro im-

¹ *Relaciones de los Embajadores de Venecia*, Zeno, pág. 286.



pulsivo, de poner particular atención en aumentarlas «con el mayor número de bajeles que fuese posible, por lo que importaba que fueran muy poderosas para seguridad y conservación de la Monarquía»¹. Ahora, en la práctica, mil dificultades se oponían á la obediencia del precepto, repetido año tras año, empezando por la carencia de los fondos indispenables.

Los armamentos navales de este período, es cierto, Dios sabe cómo se hacían y se proveían; pero no es misterio que bajo la presión abrumadora de las circunstancias se prefirieran en bajeles los muchos á los buenos. De aquí—lo tengo dicho²—la precipitación con que se lanzaban al mar, sin elementos para resistir su embate; de aquí las levas de gente refractaria á un servicio tan opuesto á sus hábitos, en reemplazo de marineros que la costa despoblada no proveía; de aquí también que, sin conocimiento de aptitudes, se otorgara como merced á pretendientes ó andantes en corte el mando conseguido por favor, y de todo ello el conjunto más lastimoso que haya tenido nunca el nombre de Marina. Así fué rueda en la máquina descompuesta del Estado que rotaba al compás de las otras: de las que representaban á la Administración en caos, á la Hacienda en bancarrota, al Ejército indisciplinado, dentro del marco de la corrupción de las costumbres.

La primera jornada marítima se estimó de fiesta y lucimiento, por haber llevado á cabo satisfactoriamente la reina regente D.^a María Ana las negociaciones que en vida de Felipe IV se iniciaron para casar á su hija, la infanta D.^a Margarita, con Leopoldo, rey de Hungría, después emperador de Alemania. Con destino al viaje por la vía de Italia se reunió en el puerto de Denia la escuadra de galeras, adornando á la Real con la suntuosidad de costumbre³. No probaron bien á la comitiva los aires de la costa; en Denia adoleció la Empera-

¹ Hállase el decreto en la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^o, núm. 1.154, año 1666.

² Mateo de Laya, *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1881

³ *Viajes regios*, pág. 261.—*Disquisiciones náuticas*, t. I.



triz de tercianas; murió de esta enfermedad la condesa de Benavente, camarera mayor, y la sufrió también el duque de Alburquerque, teniente general de la mar, que llevaba el cargo de entrega de la señora, por lo que se demoró su embarque, trasladándose á la ciudad de Gandía á convalecer.

Volvió, sin embargo, á buscar las galeras en Denia, saliendo del puerto con escuadra de 27 en dirección de Cartagena, y de éste á Barcelona, adonde llegó el domingo 18 de Julio. Allí desembarcó la Emperatriz por un puente ó muelle de madera, de 200 varas, expresamente construído y decorado, y fué objeto de agasajos.

El 3 de Agosto llegaron siete galeras de Malta con muchos caballeros, para unirse al cortejo; las revistó la Emperatriz, dando motivo al consumo de pólvora en salvas en aquel día y los siguientes hasta el de la salida á la mar el 10 del mismo mes, sin esperar á la Armada del Océano y á la de Barlovento que en un principio se mandaron incorporar ¹, acaso en razón á la guerra existente entre Inglaterra y las provincias de los Países Bajos.

Hicieron escalas en Rosas, Cadaqués y Marsella, donde se agregaron las galeras del Estado de la Iglesia, gobernadas por Mario Chisi, hermano del papa Alejandro VII, y cinco de la República de Génova. Siguieron todas juntas sin accidente hasta el puerto de Final, donde se verificó el desembarco. Disolvióse entonces la escuadra, regresando el duque de Alburquerque con la de España ².

Á las naves se dió otro destino: sabiendo había en Portugal escasez de cereales, fué despachada con urgencia la escuadra de Flandes, regida por el almirante Mateo Maes, con objeto de bloquear la entrada de los ríos Duero y Tajo, impidiendo la llegada de granos de fuera, sin perjuicio de cualquiera otra hostilidad, apoyando las que se hicieran por la parte de Galicia. En las instrucciones se recomendaba cortar el camino á los bajeles en que iba á emprender viaje *Made-*

¹ Colección Sans de Barutell, art. 3.º, núms. 1.129 y 1.130.

² Parte del marqués del Viso. Colección Sans de Barutell, art. 3.º, núm. 1.150.



*moiselle de Humala para casar con el Duque de Berganza*¹, empresa que, á tener fortuna, lejos de dañar al reino disidente, le hubiera librado de una buena alhaja, impidiendo los escándalos con que la dinastía se daba á conocer².

En pos de las fragatas de Ostende salió de Cádiz, en Junio, la Armada del mar Océano, gobernándola el almirante don Diego de Ibarra, y se mantuvo en crucero hasta fines de Septiembre, estrechando más el bloqueo, aunque el duque de Beaufort, presente con la escuadra francesa, como aseguró el pasaje de la Reina, indirectamente procuraba entorpecer cualquiera operación perjudicial á los portugueses. Nuestros bajeles apresaron hasta 18, de los que conducían trigo y otras provisiones á la capital; destruyeron las almadras del Algarbe; cañonearon á Lagos, á Sagres y á Cascaes, sacando las embarcaciones menores abrigadas en sus puertos; por último, haciendo desembarco en la mayor de las islas Berlingas, sitiaron y rindieron el castillo, tomando en él diez cañones de bronce de á 24 y 12 libras de bala; minaron la fortificación y el muelle, destruyéndolos, sin pasar la costa de once muertos y treinta heridos, entre los últimos el conde de la Monclova, y en todo el tiempo de la expedición estuvo la costa en alarma, ocupadas las tropas de caballería é infantería, sin poder atender á la frontera de castilla³.

Continuada la ejecución del plan, como ya se había prevenido al duque de Veragua, capitán general efectivo de la Armada por reciente nombramiento, mal le fuera á Portugal, trabajado como estaba en su interior con las banderías políticas, sin el poderoso arrimo del Rey de Francia, á cuyos fines en modo alguno cuadraba que volviera el reino á la dependencia. Hizo, pues, pacto con él, obligándose á facilitarle recursos abundantes; entretuvo á Inglaterra con ofertas de

¹ La misma *Colección*, art. 3.º, núms. 1.139, 1.140 y 1.147.

² María Isabel Francisca de Saboya, hija del duque de Nemours y de Isabel de Vendôme, embarcó en la Rochela en escuadra francesa el 4 de Julio de 1666; llegó á Lisboa el 2 de Agosto, y dió principio á su carrera desarreglada. Fonseca Benévices, *Rainhas de Portugal*.

³ *Diario de la campaña. Colección Navarrete*, t. VII, núm. 46.



cesión en las Antillas, adormeció al Emperador de Alemania con perspectivas halagüeñas, y sin dejar de ofrecer á España seguridades amistosas hasta el último momento, entró resueltamente por la senda que le condujera al despojo, alegando motivos comparables con los del apólogo del lobo y el cordero¹, á tiempo que invadía los estados de Flandes (Mayo de 1667).

En la comunicación circular pasada por el Gobierno á los jefes de escuadra en 12 de Julio, con manifiesto del proceder de Francia², decíase «haber atendido por nuestra parte á no faltar en cosa alguna á las estipulaciones; que se habían tolerado y disimulado los continuos socorros de gente y dinero que entraban en Portugal desde el mismo día de la conclusión de las paces, pasando en esto Francia tan adelante, que mientras daba su Embajador grandes seguridades amistosas, con la vana expresión de derecho en la Reina Cristianísima á algunas provincias de los Países Bajos, los había invadido violentamente sin previa declaración, á pesar de habersele significado que se nombrarían personas de ambas partes para examinar la razón de las pretensiones, y rota la paz hacia guerra tan intempestiva como injusta».

Buen documento, considerado como desahogo de la indignación; los franceses harían seguramente más caso del que simultáneamente ordenó el embargo y represalia en bienes suyos que radicaban en España, y del que autorizaba á los corsistas para perseguir y apresar las naves de comercio³, lo que no dejaron de cumplir, distinguiéndose, como en anteriores ocasiones, los de Ostende.

En lo demás hizo el Gobierno lo posible para resistir á la provocación, concentrando las escuadras de galeras en Mahón en expectativa de operaciones en el Mediterráneo, y ensa-

¹ «Considerar el tratado de los Pirineos como punto de partida de engrandecimiento ulterior á expensas de la Monarquía española fué pensamiento concebido por Luis, que vino á ser base de su política exterior.» H. Martín, *Histoire de France*, t. XIII, pág. 275.

² Copia en la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º

³ Abreu y Bertojano, *Colección de Tratados*.—*Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, número 1.168.



yando esfuerzos para reforzar en Cádiz la Armada del Océano, sabido que los portugueses prevenían una de 10 á 12 bajeles, no inferiores á los nuestros, y que el duque de Beaufort se disponía para salir con 30 de Francia á interceptar las flotas de Indias.

Asimismo procuró proveer al ejército de Flandes con el prestigio de D. Juan de Austria, nombrado para dirigir la campaña. En Vigo y la Coruña juntó el almirante D. Fernando Carrillo una escuadra destinada á conducirle decorosamente, debiendo embarcar en su compañía el Tercio de Valladares y algún dinero con que levantar coronelia de alemanes ó walones; mas hubo en esto decepción, por cambio en las disposiciones del Príncipe, bien distintas de las que en la juventud le conquistaban general simpatía y estimación, lo mismo al afrontar en Nápoles y Sicilia á la revolución social, que al contender en la mar y en Cataluña con enemigos más francos y aguerridos. Agriado su carácter después de las campañas de Flandes y de Portugal, en que no le fué amiga la fortuna, y ambicionando puesto más alto que los de la milicia, ocurrido el fallecimiento de su padre, se significó en oposición á la Reina Regente y en aborrecimiento del confesor, arzobispo, inquisidor, ministro universal, P. Juan Everardo Nithard, creyéndose único piloto capaz de mantener á flote la nave del Estado en medio de la borrasca fiera que la combatía. Pensó, y acaso no se equivocaba, que más que á la conveniencia de las empresas militares, más también que á fundada razón política, obedecía la designación de su persona al deseo de alejarla de España, bastando la idea para afirmar su resolución contraria, sostenida sin llegar al extremo de la inobediencia que bajo el punto de vista material fuera preferible, pues acudiendo al recurso vulgar de la dolencia simulada, se estuvo en la Coruña, demorando la partida de las naves considerablemente, y obligando al fin á que salieran á la deshilada cuando le pareció llegado el tiempo de declinar oficialmente la honra del cargo, forzado, al decir, por la recomendación de profesores en la ciencia de curar el cuerpo.



Por dicha hicieron la travesía los bajeles sin accidente, y no ocurrió en la mar acción que de contar sea, durante el período de la hostilidad, breve por el recelo que la actitud de Luis XIV despertó en las demás naciones, llevando á Inglaterra, Holanda y Suecia al acuerdo de liga anunciada para procurar el restablecimiento de la paz después de convenida España con Inglaterra (Mayo de 1667). Sirvió inmediatamente esta potencia de mediadora para poner fin á la prolongada lucha con Portugal, que cesó, en efecto, en 13 de Febrero de 1668, reconocida su independencia y pactada la devolución de las recíprocas conquistas ó adquisiciones, aparte la plaza de Ceuta, que quedó por el dominio del Rey Católico.

Si bien se hizo la negociación á espaldas de Francia, cumplía en lo esencial con los propósitos de su Rey, que eran los de evitar á toda costa la reconstitución de la unidad de la Península. Con ello, y la conservación de las ciudades belgas, de que rápidamente se había apoderado, no se mostró refractario á la insinuación de los coligados del Norte de aceptar condiciones de paz, que se firmaron en Aquisgrán el 2 de Mayo de 1668. Todos ganaban con ellas, sacrificada España y puesta en condiciones contrarias al aforismo de Franklin, de no haber guerra buena ni mala paz. Habían de seguirle costando cada guerra un jirón sangriento, cada concordia una humillación.

Después de la de Aquisgrán, no la consintieron disfrutar de tranquilidad los bandos políticos, más ensañados en la contienda interna desde que el miramiento hipócrita hacia la de fuera no los contenía. Desatendidos por consecuencia los intereses y los servicios, estúvolo más que todos el de la marina, y en absoluto se olvidara si el cuidado de las flotas de Indias, perpetuamente amagadas, no demandara el armamento anual de escuadra custodia en garantía del principal ingreso del Tesoro. Los generales Ibarra, Laya, Carrillo, Montesarchio y Papachín sacaron al crucero bajeles dispuestos siempre con apresuramiento y escasez de lo más preciso, lidiando con entorpecimientos para cuya resolución fué necesario alguna vez que el marqués de Trocifal, miembro de



la Junta de Armadas, se trasladara á Cádiz conduciendo dinero y haciendo sentir el peso de la autoridad superior.

Consiguieronse algunos vasos, formalizando asientos con Pedro de Agüero, Juan Francisco Roco de Castilla, el marques de Valdecorzana, Juan Enriquez de Mesa, gracias á la concesión hecha á los armadores, de títulos de almirantes y facultad de elegir ó designar por sí los capitanes, sin la cual ninguno se quería obligar á condiciones de desembolso y responsabilidad, sabiendo no había de cumplir el Gobierno las que le correspondían. Por esto mismo resultaban onerosísimas las capitulaciones hechas al efecto con extranjeros, y las de provisión de arboladura, jarcias, lonas, víveres y ropas, que solamente de negociantes de Holanda y de Génova se conseguían con las contras que son de presumir.

Un huracán se desató sobre Cádiz el 15 de Marzo de 1671, que empeoró las condiciones de armamento por destrucción y pérdida de los almacenes. En los pocos minutos de su paso levantó las cubiertas de las casas, arrancó las rejas, derribó muros de mucho espesor, asolando cuanto encontraba en la marcha; y siendo desastrosa á través de la ciudad, donde perecieron 600 personas, lo pareció más en la bahía, por no quedar nave que resistiera á su embate, embarrancadas casi todas, y sin árboles las que menos sufrieron ¹.

Otro siniestro ocurrió el año siguiente (1672), no menos sensible, cruzando la Armada del mar Océano á cargo del duque de Veragua ² sobre el cabo de Santa María. Sufriendo un ramalazo de equinoccio, estuvieron en grave peligro los bajeles desaparejados, y uno de ellos se sumergió con los 400 hombres que componían la tripulación ³.

Las mermas extraordinarias contribuyeron á la reducción de fuerzas navales disponibles cuando más iban á ser necesarias, descubierta la tendencia de Luis XIV á señorear en la totalidad de los Países Bajos por la declaración de guerra á

¹ *Relaciones impresas.*—Don Adolfo de Castro, *Historia de Cádiz.*

² Don Pedro Colón de Portugal, nombrado capitán general en 19 de Febrero de 1666.

³ *Relaciones impresas.*



las Provincias Unidas que hizo, confederado con Inglaterra. España tuvo que entenderse con el Emperador y con aquellas Provincias para defender las propias, tomando parte en la campaña, de improviso ¹, sin consecuencias sensibles en la mar, gracias al vigor con que el almirante holandés Ruyter hizo frente á la considerable armada anglo-francesa, castigándola, si no vencióndola, en las batallas de Solebay y de Texel, consiguiendo tenerla en jaque dos campañas por aquellos mares ó sus puertos ².

Nuestro Gobierno instó á la Junta de Armadas á los esfuerzos que produjeran el mayor aumento de la del Océano, haciendo simultáneamente llamamiento á los corsistas, y estimulando el patriotismo de los armadores, sin perjuicio de su interés, alentado con mayores concesiones y privilegios de los que tan buen resultado habían producido en el reinado anterior ³.

Tocó la primera acción naval al almirante Jacinto López Jijón, que con tres fragatas y un patache de la escuadra de Flandes peleó tres horas contra cuatro bajeles de guerra franceses de la escuadra de Mr. de Almeras, obligándolas á retirarse de Málaga, aunque eran de mayor porte y tripulación ⁴. El rey Carlos II de Inglaterra se persuadió en este tiempo del papel poco airoso que representaba ante Europa como satélite remunerado de la ambición de Luis XIV, y

¹ Las declaraciones de guerra, por parte de Francia el 19 de Octubre de 1673, y de España en Diciembre del mismo año, constan en la *Colección de Abreu*.

² *Relaciones impresas*.

³ *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.256.

⁴ Así se expresa en Real cédula concediendo premio al Almirante por su comportamiento en el combate, que fué el 10 de Noviembre de 1673 (*Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 251); pero, según Mr. Léon Guérin, sucedió que d'Almeras, cuya escuadra estaba en Tolón, supo haber llegado á Málaga cuatro naves de guerra holandesas, y destacó otras tantas de las suyas á batirlas, lo cual hicieron el 10 de Noviembre; sólo que, habiéndolos encontrado bajo la protección de la fortaleza de la plaza, después de seis horas de combate encarnizado hubieron de volverse á su puerto sin haber conseguido el objeto de rendirlos ó quemarlos. Agrega, como consuelo, que por estos días encontró el *Vigilante*, de 28 cañones, á un español de 30, con el que se batió cuatro horas. Desde el principio murieron el comandante Gabaret des Marais y su segundo, pero un oficial mantuvo el choque con tanto valor y habilidad que echó á fondo al enemigo.



apartó sus escuadras, dando lugar á que una de Holanda de 60 velas, gobernada por el almirante Tromp, trayendo al conde de Horn por jefe de la gente de guerra, viniera á San Sebastián y pasara á Barcelona muy agasajada, después de llegarse á Madrid los dos caudillos á besar la mano del Rey ¹, con oportunidad para alejar de la costa á una armada de 20 bajeles y 22 galeras que había recalado sobre Cádiz, con intento de forzar el puerto, y después en el golfo de Rosas, á fin de secundar las operaciones del ejército francés por las fronteras del Rosellón.

Al mismo objeto acudió desde Cádiz la Armada del Océano, llevando el primer trozo de nueve bajeles el almirante D. José Centeno, y el segundo el capitán general D. Melchor de la Cueva y Enriquez ², componiendo entre ambos fuerza de 21 naves con total de 11.819 toneladas, 874 cañones y 6.461 hombres de mar y guerra. La capitana real era bajel de 1.250 toneladas, armada con 70 piezas de artillería y 892 tripulantes, contándose entre los componentes á la escuadra de Flandes, de cinco fragatas de 450 á 550 toneladas y 40 á 50 cañones. ¡Así hubieran correspondido á las cifras y á la apariencia exterior la bondad del armamento, de la organización y de la disciplina!

¹ Colección Sans de Barutell, arts. 3.º y 6.º—Colección Vargas Ponce, leg. 2, número 277. Llegaron á la corte en Agosto de 1674; fueron obsequiados con joyas de valor.

² Hermano y sucesor en el título del duque de Alburquerque. Se le expidió el título de capitán general en 20 de Febrero de 1674. *Apéndice al Estado general de la Armada para 1847*, pág. 27.

